

Conversaciones con los nuevos arquitectos

Durante una comida que hace unos días reunió a unos cuantos periodistas de Madrid con algunos de los miembros de la Junta del Colegio de Arquitectos, salimos a hablar del tema de la sistemática destrucción de edificios históricos que las autoridades están permitiendo y aun promoviendo en la capital de España. "Yo creo —dijo un arquitecto— que se trata de una verdadera campaña para la destrucción de todas las obras construidas durante la República". Medio en broma, medio en serio, hicimos un breve recuento, y salía una lista bastante considerable de obras republicanas que el Ayuntamiento de Madrid tiene en proyecto derribar. Alguien contó la anécdota de que cuando un famoso director general de Arquitectura visitó el hipódromo de la Zarzuela y le dijeron que debía ampliarse la cubierta de la tribuna, él advirtió: "Bien, pero no la repitan de la misma forma, porque es republicana".

La causa inmediata de que se quieran tirar tantas obras antiguas es, desde luego, la presión del mercado y la especulación de terrenos, que han hecho de Madrid una ciudad de las más densamente pobladas del mundo. Desde luego, no todas las obras "perseguidas" son de la época de la República. Ahí están la iglesia del Buen Suceso, que es de fines del pasado siglo, y el cuartel del Conde Duque, de época anterior. Con todo, en los proyectos de destrucción el Ayuntamiento alienta una clara manía freudiana de antirrepublicanismo. Decía uno de los miembros de la Junta del Colegio de Arquitectos de Madrid: "Yo creo que, si pudieran, forrarián de ante todos los edificios de la República que les es imposible tirar". Tras la destrucción del Mercado de Olavide, hazaña personal del alcalde, señor García Lomas, llevada a cabo en contra de la opinión del Colegio de Arquitectos de Madrid y ante las protestas del vecindario, el Ayuntamiento se propone destruir a continuación otras obras del mismo arquitecto, el señor Ferrero, tales como el Mercado Central de Pescado y el Mercado Central de Verduras. Otras obras republicanas colocadas en la lista negra son: el Matadero, que es de don Luis Bellido; la Central Térmica, de Sánchez Arcas; la Residencia de Señoritas situada en Miguel Ángel Martínez Campos, de Arniches y Domínguez, y otros edificios. Del autor del Mercado de Olavide, el señor Ferrero, no quedará prácticamente nada en la capital. Su obra más importante, el Viaducto, va a ser dinamitada, dicho sea de paso, después de haber invertido el Ayuntamiento de Madrid muchos millones de pesetas en obras de recalce. En la ejecutoria destructiva del municipio está el escamoteo de la famosa Casa del Barco, hoy oculta tras el hotel Commodore, en la plaza de la República Argentina, y, por encima de todo, el asesinato arquitectónico de una de las obras de mayor importancia del mundo en materia de urbanismo: la Ciudad Lineal, de don Arturo Soria. Esta obra del arte universal del siglo XX, que fue la primera en su género, ha sido imitada en otros países, mientras el Ayuntamiento de Madrid reformaba radicalmente su estructura viaria, destruyendo su entorno y la forma de vida propuesta por el arquitecto.

Dentro de su amplio programa de destrucción de lo antiguo y congestionamiento cada vez mayor de la ciudad, el Ayuntamiento de Madrid se propone ahora derribar una obra de fi-

nales del pasado siglo que constituye un caso especialmente grave, no tanto por su mérito arquitectónico en sí, aunque lo tiene, como porque en los solares que quedarán libres se está programando un proyecto de catorce plantas que traerá consigo un aumento de densidad en una zona ya superpoblada. Se trata de la iglesia del Buen Suceso, obra del arquitecto Villajos, en la calle de la Princesa. Según parece, el solar está ya subastado en ochocientos millones. Dejando aparte el hecho de que la iglesia del Buen Suceso pertenece al Patrimonio Nacional y sin entrar a discutir la posibilidad o imposibilidad de su enajenación, el proyecto del Ayuntamiento viene a completar la labor de destrucción del entorno urbanístico ya iniciada con el derribo del barrio de Pozas, donde un luchador solitario, el escritor Lauro Olmo, libró

SILLA DE PISTA

una infructuosa y larga batalla contra la barbarie municipal. El Colegio de Arquitectos de Madrid ha decidido tomar cartas en este asunto no sólo para la salvación de la obra de Villajos, sino, sobre todo, para tratar de impedir el nuevo congestionamiento urbano que traerá consigo la construcción de los edificios en su solar. "Cuando se habla de polución —me decía un arquitecto—, casi nunca se hace referencia a la densidad urbana. Madrid tiene 400 habitantes por hectárea, y los ingleses consideran high density todo lo que pase de 350". Es interesante anotar que el Ayuntamiento ha dado la excusa de que la iglesia del Buen Suceso está en estado ruinoso, pero cuando los arquitectos de Bellas Artes han intentado entrar en el edificio para comprobarlo, la autoridad municipal no se lo ha permitido. El Colegio, en defensa del edificio y de la ciudad, ha incoado expediente para declarar la iglesia del Buen Suceso monumento histórico.

Los contactos que en estos días hemos mantenido los periodistas con los miembros de la Junta del Colegio de Arquitectos de Madrid han sido extraordinariamente interesantes. Como se sabe, en mayo del 74 resultó elegida en las elecciones para la media Junta que se celebra anualmente la candidatura progresista constituida por Mariano Ballón, Ricardo Aroca, como secretario; Andrés Perea, Eduardo Leira, Joaquín Aramburu, Dionisio Hernández Gil y Juan López Jaén. En diciembre, el decano don Francisco Javier Carvajal, famoso autor de la Torre de Valencia, que vino a arruinar la perspectiva de la Puerta de Alcalá, en quien se daba la asombrosa circunstancia de ser en aquella época presidente de la Sociedad para la Conserva-

ción del Paisaje, intentó lo que se califica una maniobra para hacer dimitir a la media Junta elegida en mayo. Quiso provocar con su propia dimisión la dimisión de la media Junta elegida en 1973, a fin de arrastrar a los elegidos en 1974. Su plan fracasó porque algunos miembros de su propio grupo se negaron a dimitir. Ocupó su puesto accidentalmente Mariano Ballón, y es expresivo de la actitud adoptada por Carvajal en el Colegio el hecho de que fuese el único ex decano que no asistió a la toma de posesión del nuevo decano recientemente elegido, Antonio Vázquez de Castro, que se celebró el viernes pasado. El cargo de decano deberá ser sometido de nuevo a elección en mayo, junto con la mitad de la Junta cuya última elección tuvo lugar en 1973.

El nombre de Antonio Vázquez de Castro está ligado a la construcción, a mediados de la década de los 50, de los llamados poblados dirigidos, que fue una fórmula racional para la solución de los problemas urbanísticos planteados por el crecimiento de Madrid en una época aún romántica de la arquitectura española. Vázquez de Castro es, por ejemplo, autor del poblado dirigido de Caño Roto.

El programa que la Junta progresista ahora encabezada por Antonio Vázquez de Castro se propone realizar en una ciudad que carece totalmente de un plan urbanístico general y que está entregada a la voracidad de los especuladores y a la incompetencia de la Administración municipal es necesariamente modesto en su ámbito. Pero puede ser de gran importancia y ejercer un benéfico influjo, sobre todo en la concienciación de la población madrileña en torno a los problemas de la ciudad. Sin que con ello se tenga la pretensión de remediar el caos urbanístico de Madrid (testimonio permanente de la degradación del sistema, a través del cual puede hacerse la "lectura" de la situación de la sociedad española), el nuevo Colegio de Arquitectos de Madrid se propone ejercer algunas importantes funciones críticas. Ante todo, la crítica de la acción de la Administración. El Colegio se propone comparecer en los períodos de información pública de todos los planes de urbanismo. Estos períodos son siempre de plazo intencionadamente muy corto, y los grandes planes se suelen hacer aprovechando el verano, a fin de evitar la posibilidad de una oposición. El Colegio no dejará de acudir a todos y cada uno de ellos. En segundo lugar, el Colegio ejercerá la crítica de la acción de los técnicos, arquitectos, abogados, etcétera, a fin de asegurar el control de calidad del producto y el control ético profesional. Hay, además, una tercera función importante, que es la crítica de conceptos de uso urbano. El Colegio deberá ponerse en contacto directo con los usuarios, resolviéndoles los problemas de crecimiento, a fin de evitar que caigan en manos de los manipuladores y especuladores. Esta función es lo que se denomina en América advocacy planning.

De esta manera, con una mayor vigilancia moral sobre la acción de la Administración y una más estrecha relación con los arquitectos y usuarios, el nuevo Colegio de Arquitectos de Madrid intenta no sólo salvar lo salvable de la arquitectura del pasado, sino, sobre todo, evitar en lo posible que se agrave todavía más el desastre urbanístico de la capital de España. ■ LUIS CARANDELL.